

Calle Larrios

por **Berta González de Vega**

bgdevega@diariomalagahoy.com



Volveré a una visita guiada por la Alcazaba. Más ahora que he visto en cómic –en una edición muy trabajada– la historia de la toma de la ciudad, donde los musulmanes murieron de hambre por el asedio

Arcos de herradura hacia las torres

NO suelo hacer ningún caso ni a los santos del calendario ni a estos días laicos con mayúsculas que supuestamente conciencian sobre el Medio Ambiente, el Alzheimer, el Cáncer, las Enfermedades Mentales, la Mujer Trabajadora. Ayer era el Día del Turismo y me enteré, de paso, que tenemos hasta mandamientos, para más paralelismo con la religión.

Me apetecía ser turista. En 24 horas podría haberme ido a Gibraltar, por ejemplo, a tomarme una cerveza templada y unos *fish and chips*, pero eso lo podría haber hecho igualmente en Benalmádena. Podría haber cruzado el Estrecho, hasta Melilla y comprobar que hay gente que viaja por encima de una valla y no por placer. Pero finalmente he decidido que, si quiero sentirme turista de verdad, nada como visitar la Alcazaba, entrada gratuita ayer, y así me quito el remordimiento de conciencia de no haber subido a esos palacios, o su recreación, desde que tenía 10 años con el colegio. Sí, hace décadas y en otro siglo.

Nada más entrar, mientras hecho un vistazo a una bonita maqueta de la ciudad, bajo un techo moderno y discreto, me entero de que está a punto de empezar una visita guiada. La mayoría de los que nos apuntamos somos españoles. Cuando el guía, Alejandro Pérez-Malumbres, pregunta a unos ingleses por su procedencia, le contestan que son de Alhaurín el Grande. Si dicen que la patria de uno es la infancia, está claro que la de estos extranjeros es su jubilación.

En los paneles de entrada hay una interesante foto de cuando la Alcazaba estaba totalmente ocupada por viviendas, hasta los muros que ahora conocemos desnudos y de ladrillo visto. Me entero de que fue declarada Monumento Nacional en 1933, cuando Ricardo de Orueta era director general de Bellas Artes. Según explica el guía, entonces empezó una rehabilitación que no pudo culminar de manera más rigurosa porque, al acabar la guerra, también terminaron los trabajos de un arquitecto republicano. El guía es arqueólogo y, como nos explicó el otro día Car-

el detalle



APUNTES DE LA HISTORIA. Alejandro Pérez-Malumbres, arqueólogo y guía de la ciudad, enseñó ayer la Alcazaba cinco veces, siempre en visitas concurridas. Era gratis, había cruceo y el día, con una agradable brisa allí arriba, invitaba a subir por las siete puertas hasta los palacios reconstruidos.

Décadas después, subo por siete puertas de herradura, apoyadas en columnas

men Peral, prefieren ver una ruina y evocar antes de reconstruir. Cuando llegamos al patio de armas, hoy un bonito jardín, Alejandro cuenta que aquello es una recreación romántica. No está mal. El paseo está salpicado de curiosidades que debería saber. Guadalmedina es el río de la ciudad. Gibraltar es la montaña del faro.

Los musulmanes reciclaban muy bien. Hay una bonita puerta

apoyada en columnas romanas. Otro arco de herradura que abre la zona a un mirador enmarca los desmanes urbanísticos de La Malagueta. Se ve el mar hacia poniente, pero el levante está tapado por una muralla de hormigón. Alejandro explica que la Alcazaba está allí y no en medio de la ciudad por razones defensivas. Pero también hacia dentro: si había un motín interno, sólo había que coger el barco y largarse.

La guerra propagandística se hacía en las puertas. Por eso, en una de ellas, se instaló una imagen y se rebautizó como La Puerta del Cristo. Por arriba, de todas maneras, siguieron las estrellas en la bóveda que simbolizaba el paraíso. En alguna columna, según Alejandro, se puede leer, quien sepa árabe, la *illa illa Alla*: No hay más Dios

que Alá, grito de oración pacífica y de guerra del siglo XXI.

Allí arriba, me imagino el asedio a Málaga, que está muy bien descrito en un libro cómic de Esteban Alcántara que está agotado desde hace años, según me cuenta Javi. Murieron con retortijones de hambre en el estómago los que permanecieron fieles al Zegrí y no pudieron llegar nunca a Granada, donde estaba el Zagal.

En la última sala, donde hay expuesta cerámica de las excavaciones en la zona, Alejandro explica que la de Málaga era muy valorada por una técnica que conseguía simular el oro para unas cortes en las que estaba prohibido, por el Corán, comer en vajillas con incrustaciones de piedras y metales preciosos. Me choca, porque una tía que se dedicaba a exportar ce-

rámica a EEUU me contó que esa sólo se encuentra en Manises. Pero el guía me lo explica. La toma de Málaga fue muy costosa y parece ser que los cristianos vendieron a todos los musulmanes que quedaron con vida como esclavos. Incluidos los artesanos. Es así como se perdió una cerámica que era conocida en el mundo entero gracias a los comerciantes genoveses.

En un patio, nos explica el celo de los musulmanes hacia su intimidad, de ahí que construyeran hacia dentro y las fachadas sean tan parcas en adornos, no así las estancias interiores. Por fuera, incluida la Alhambra, quedan unos cubos sencillos. Algo habríamos ganado en esta costa si hubiéramos seguido esos consejos. Pero eso lo dejamos para el Día del Turismo Residencial.